

Huevos fritos de Leyre

He predicado hace poco una semana de ejercicios a los monjes benedictinos de Leyre, en Navarra. Con mi hábito blanco de dominico, a la derecha del abad, he disfrutado, como un monje más, de la observancia regular y de un tiempo libre de cualquier otro compromiso. La vida aquí está perfectamente regulada por el horario cuyo centro no es otro que el canto del oficio en el coro, lo que San Benito llamaba el *Opus Dei*. Así como el lema de los dominicos es *Veritas*, la verdad, que te obliga a caminar siempre detrás de ella para desentrañarla lo más posible, el de los benedictinos es *Pax*, la paz, que te estabiliza y centra el día en unas pocas tareas imprescindibles.

Yo intuyo que todos los que se acercan a un monasterio benedictino van en busca de esa paz. Ya en lo físico la vislumbran y la perciben en lo recóndito y bello de los lugares donde suelen estar enclavados, alejados del ruido y del tráfigo mundano. En Leyre no faltó gente ningún día de la semana, a pesar de que los monjes, al estar de ejercicios, no podían recibir visitas. El fin de semana, en algunas horas, se llenaba la Iglesia, pese a estar el monasterio a cuatro kilómetros del primer centro habitado. Pero, sobre todo, esa paz se percibe y disfruta en la parte espiritual.

La paz es un fruto del Espíritu Santo, muy relacionado con el don de piedad. Lo más íntimo de este don es el sentirte atraído por la paz y la presencia de Dios, vivir para él, estar a gusto con las cosas de Dios, disfrutar de la dulzura de su templo. No es extraño que los monjes busquen lugares bellos y alejados donde poder entregarse a Dios con quietud. En Móstoles, en un octavo piso de una calle cualquiera, que es donde habito yo, no se puede vivir así. El niño de la vecina, cuyos lloros atraviesan los tabiques, sobre todo en horas nocturnas; el perro del séptimo; el cotilleo de las señoras mientras tienden la ropa; el taladro ilocalizable del manitas de turno; el vaivén de la vecindad, hacen que la paz sea muy precaria.

Es cierto que los dominicos no somos monjes sino frailes que son cosas muy distintas. El fraile apareció siglos más tarde, a partir del XIII, cuando comenzaron a florecer las ciudades con sus gremios e industrias y, en especial, con sus universidades donde, desde la razón, se discutían e impugnaban costumbres y valores sagrados. Por eso Santo Domingo de Guzmán colocó sus conventos –no ya monasterios– en el centro de las ciudades, en cualquier calle perdida, porque sus hijos no debían dedicarse a una contemplación descomprometida sino a un compromiso muy activo por la fe.

La contemplación benedictina

Yo necesitaba unos días así, en la paz del oasis, recordando mis años de formación que, de alguna manera, aunque muy activos, también eran muy descomprometidos. No es lo mismo ir siete veces al día al coro que recibir cada día a siete señoras que te van a cargar la cabeza con los problemas de sus nietos. Por eso, para mí, incluso la salmodia, me servía de terapia y me descomprimía. Los benedictinos van al coro siete veces al día a entonar sus cantos y alabanzas que son los de la Iglesia. Tienen ese carisma. Algunas veces, mirando al techo, a los arcos de medio punto y a las bóvedas en cañón del románico, me preguntaba: “¿A quién cantan estos monjes? ¿Por

qué tantas veces al día?” Lo peor que puede hacer un benedictino es teorizar su canto y su salmodia. Yo me podía permitir ese lujo porque no es mi carisma, ellos no porque perderían la inocencia. La inocencia no necesita explicaciones sino cantar al vacío, a una especie de vacío pero colmado de fe y habitado por una presencia. El canto va dirigido al Invisible, no un ser abstracto, utópico o soñado, sino a un Invisible real, perfectamente diseñado por la fe de la Iglesia.

Por eso este canto alimenta, porque el corazón se llena de la gracia que viene de arriba y lo sostiene. En él se ejercita la fe, se agudiza el deseo y se transforma en esperanza y caridad. Yo disfrutaba con la salmodia que en gran parte era en latín. Aunque esta lengua no significaba problema para mí, no era tan ducho como ellos en el manejo de los cantorales y me tenían que señalar cada momento lo que venía después. Tienen libros y rituales propios. Disfrutaba de la fe en esa presencia a quien cantábamos. La verdad es que interiormente me comporté como un niño. Para no apabullarme y perder mi autoestima coral apelaba a mis antiguos resortes de cuando era joven novicio en Ocaña y en Ávila, donde también empleábamos el latín y el gregoriano. Me distraía muchísimo tratando de recordar antiguos tonos gregorianos y comparando la largura de las frases en latín y en la traducción castellana yuxtapuesta. Me recreaba en la maravillosa traducción oficial que tenemos en castellano de los salmos. En fin, un desastre de alabanza pero sin perder el disfrute de la presencia en fe del Invisible.

Lo que más me gustaba era lo identificados que veía a los monjes con su forma de ser. Delante de mí, al menos, cuando hablábamos, siempre elogiaban su vocación y hacían gala de su tradición más que milenaria. No es extraño, por otra parte. Hace unos quince días se publicó una encuesta hecha a setecientos sacerdotes sobre sus ideas y su modo de ser y de vivir. La conclusión que más me impresionó fue la de que los sacerdotes es el colectivo social más identificado con su propia vocación. Los sacerdotes se sienten mucho más a gusto con su profesión que los médicos, los abogados, los empresarios y demás grupos sociales. Esto es muy curioso porque si no es desde la fe ¿cómo se puede entender? Amar su propia vocación, qué cosa más bella. No hay sentimiento más gratificante que el de sentir que uno está donde tiene que estar.

Evidentemente, en un monasterio, como en tantos sitios, no se ata a los perros con longanizas porque se las comerían en el acto. Hay tardes que se hacen larguísimas, noches interminables. La pesadumbre del tiempo y de la caducidad, las tendencias de la carne, los halagos de la vida, la utopía de las fantasías, la incomodidad de lo que se tiene y la añoranza de lo que se desea, tienen que ser muy fuertes. Hay mucho tiempo y mucha soledad para ello. No obstante, el nivel de identificación con su vocación era tan alto que me transmitían mucha paz y bienestar.

El demonio meridiano

En mis charlas luché con todas mis fuerzas contra el demonio meridiano. Más que al demonio me refiero al diablo que es el mismo demonio pero en su faceta de engañador y acusador. Es meridiano, es decir, que suele acercarse a los monjes hacia la mitad de la vida. La tradición nos dice que, en la Edad Media, los jóvenes monjes entraban en los monasterios con unas ansias ilimitadas de santidad. Engañados por el diablo se dedicaban a duros ejercicios ascéticos pensando que en pocos años llegarían a la santidad. Cómo es lógico juzgaban al resto del monasterio como si fuera gente relajada, inobservante y disipada.

Hace poco me escribía una joven novicia: “Yo tan creída que estaba unidísima a Jesús y, cuando fui iluminada, me encontré en los brazos de un tal Pelagio. Me desprendí como pude, le miré a los ojos y le dije: “yo no tengo nada que ver con usted”.

Y es que yo pensaba que era un instrumento de Jesús pero a la vez me consideraba autora de la música. La santidad en mí estaba enferma y, sin quererlo, me era dañina porque la había basado en la superación personal sin contar con Jesús como primer y exclusivo autor de mi salvación. Qué cosa, todo este tema de la gracia, lo conocía pero, en el fondo, de una manera incorrecta, porque me sentía culpabilizada, me creía, inconscientemente, la protagonista de mi salvación y de mi santidad que a base de esfuerzos conseguiría”.

Eso es lo que les pasaba a los monjes meridianos. El demonio los colocaba en los brazos de Pelagio con lo que Jesucristo desaparecía de sus vidas. El tal Pelagio es un hereje que dijo que nos podemos salvar con nuestras propias fuerzas sin necesidad de la gracia. El demonio que en el Apocalipsis es dragón, utiliza a la bestia de turno para que haga de anticristo. Pelagio fue anticristo porque hacía inútil la muerte de Cristo poniendo en nosotros todo el protagonismo de la salvación. Estos monjes, din darse cuenta eran pelagianos y, cuando llegaban a los cuarenta años, después de ímprobos esfuerzos, se daban cuenta de que no habían conseguido nada. No sólo no eran más santos que cuando entraron, sino que habían perdido toda alegría e ilusión. Además de eso se les habían adherido muchos hábitos de soberbia y de radicalismo que les hacían insoportables. Se habían transformado en carne de depresión y desilusión. Entonces el diablo se les acercaba y les susurraba: “¿Lo ves? Te has equivocado. Todo fue una ilusión. Tú no vales para monje ni para ser santo ni para nada. Si quieres salvarte salte del monasterio, vive la vida y, después, ya se verá”.

En los monasterios es importantísima una buena predicación de la gratuidad porque se supone que hay mucho tiempo para todo, incluso para ser tentado. El monje de por sí tiene un oficio maravilloso: el de contemplar y alabar a Dios. Es una gracia preciosa. Ahora bien el que no sienta casi diariamente el aliento del cielo, el que no se sienta elegido y amado, el que no se sienta claramente llamado para ello, se coloca continuamente al borde de un conflicto personal serio. El más hondo consuelo del monje no puede venir de las propias obras sino de la gratuidad con que Dios le ama y le elige. Su vida no es hacer algo que sea valorable en el mercado humano sino en el del Reino de Dios.

El carisma

Uno de los días de ejercicios me visitó una mujer de Móstoles y me llevó a comer al parador nacional de Sos del Rey católico. Al mirar la carta vio: “Huevos fritos del Monasterio de Leyre con pisto”.

-Yo pido estos huevos fritos, me dijo.

-Ayer los comimos en comunidad, le respondí.

-Me apetecen por ser del monasterio, me replicó.

-¿Qué pasa? ¿Hasta el título este tiene carisma?

-Para mí sí, me atraen simplemente por ser del monasterio.

Yo, para no desentonar del todo, pedí “Migas del pastor”. Los huevos fritos y el pisto sabían exactamente como los del monasterio. Casi me emocionó yo también. Durante la comida hablamos mucho de monasterios y de monjes. Ella está informatizando la biblioteca de una monjas cistercienses en Alloz, no demasiado lejos de allí.

Muchas veces en las charlas les advertía a los monjes del carisma que tienen. Un carisma es una manifestación del Espíritu. Ellos me objetaban que no ven por ninguna parte el carisma en sus vidas. Yo les contestaba que mirándolo desde la gente que acude allí está muy clara la presencia de ese carisma. El atractivo del carisma no procede de

sus vidas sino del Espíritu. Lo único que se les pide en ese sentido es ser fieles al canto, a la oración coral siete veces al día. En la penumbra de la iglesia romana de Leyre se crea un espacio único donde se advierte una presencia que atrae al pueblo. La sensación de trascendencia que embarga al visitante pacifica los corazones que necesitan empaparse de esa dimensión. A la gente no le interesa la vida privada de los monjes, les interesa la paz que perciben, el acontecimiento de fe, el algo de sobrenatural que se intuye.

Yo tuve una amiga que posaba desnuda en la escuela de bellas artes de Madrid. La edad ideal para posar son los 21 años. Cuando mi amiga cumplió los 25 quisieron sustituirla pero los alumnos se opusieron. Nadie conocía su vida ni les interesaba. Entonces, ¿qué? ¿conservaba a los 25 la misma belleza que a los 21? Ella me confesó: “Lo que no sabía nadie es que yo, mientras posaba, estaba todo el tiempo alabando y orando en lenguas”. Una enfermera que ejerza su profesión desde el carisma, sin que su vida privada interese, al fin termina oyendo del enfermo alguna frase como esta: “Señorita, usted tiene algo especial”. Eso especial es la irradiación del Espíritu.

En la oración de los monjes existe un carisma eclesial que se basa en una comunidad orante en la que los individuos, en cuanto tal, no son determinantes. Ahora pueden ser unos y más tarde otros y con otras vidas, permaneciendo el carisma. Si desaparecieran de la Iglesia de España presencias como la de Leyre, Silos, Dueñas y tantos otros monasterios contemplativos de varones y mujeres, tal vez no sucediera nada, pero se perdería la inmensa riqueza que representan esos carismas. De ahí que sea necesario que la Iglesia pida al Señor el aumento de las vocaciones contemplativas. Al monje se le requiere fidelidad a la oración en la que se sustenta el carisma. Eso sí mirando cada uno a no desafinar en el concierto del Espíritu.

Por eso a mí durante esa semana me gustaba mucho el sostenido del órgano. La nota del órgano se me antojaba parecida a la gracia que sostiene la debilidad del monje en el canto para que no se baje, para no desafinar, para que pueda sostenerse en el vacío de la fe, soportando largas jornadas de alabanza. El canto sin órgano me parecía pelagianismo, es decir, el esfuerzo titánico del hombre por ser sí mismo, por salvarse a sí mismo. Un canto sin órgano exige mucho esfuerzo y ocupa el espacio vacío que sólo le pertenece a Dios. En el éxito del canto sin órgano, el pueblo admira la calidad vocal y musical del monje, pero deja de vacar para Dios, fijándose sólo en el hombre y en sus esfuerzos por hacerlo bien. Ya no es la vacación donde se hace posible la contemplación.

La vida personal

San Pablo nos enseña que el carisma y la vida personal no siempre marchan en consonancia: *Así, pues, yo ejerzo el pugilato no como quien da golpes en el vacío sino que golpeo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo predicado a otros, resulte yo descalificado* (1ªCo 9, 27). San Pablo tenía el carisma de la evangelización, el monje el del canto y la alabanza, pero ambos pueden darse sin que la vida privada esté a la altura de las circunstancias.

Por eso los monjes, cuando yo les hablaba de su carisma, me replicaban que desde su vida ellos no veían carisma por ninguna parte. Ellos no, pero la gente sí lo veía y tiene razón la gente. La vida privada de los monjes como la de todo ser humano es la que es. Somos pobres. Si el Espíritu Santo ilumina esa pobreza y la aceptamos nos hacemos pobres de espíritu. Esto es un inmenso don. Lo malo es tratar por nuestro propio esfuerzo de superar esa pobreza. Yo veía su empeño para estar a la altura de su llamada. Su austeridad me pareció llamativa. La alimentación me pareció muy pobre. La carne no se dejó ver en el refectorio durante toda la semana. Es verdad que

estábamos en cuaresma, pero aun así y todo, era de mucha austeridad. Nos dieron dos veces los famosos huevos fritos con pisto que, por cierto, estaban riquísimos; pero el plato que más se me grabó en la retina, por lo frecuente, se componía de unas patatas blancas con acelgas, rehogadas con ajitos. A mis médicos les encantaría tal menú, no en cuanto comedores sino como consejeros. Si se enteran, me recomiendan alargar mi estancia por varios meses para curar mis dolencias.

La importancia de la austeridad es muy relativa. Como diría Santo Tomás es un *removens prohibens*, es decir, algo que evita obstáculos y facilita la caridad. La perfección no está en la austeridad ni en el cumplimiento de los votos sino en el amor o caridad. El fin de la vida y la perfección de un monje, como de todo fiel cristiano, es la caridad. Por ello lo importante es la pobreza de espíritu, ya que esta es condición sine qua non para la caridad. El monje no se hará santo por la austeridad sino por la gratuidad y para acoger a ésta es necesario ser muy pobre de espíritu.

Mi empeño, por tanto, consistió en transmitir a los monjes gratuidad. Decirles que ya están salvados, que son amados en su pobreza, tal como son. Que entreguen sus pecados a la cruz de Cristo para que sea resucitados. Que no se pasen la vida lamentándose de sus imperfecciones. Les decía que es un afán vano luchar toda la vida por ser perfectos porque al final el demonio meridiano se reirá de ellos. La gratuidad consiste en dejar que el Espíritu Santo ilumine su pecado y su debilidad para poder así aceptarlo y dar opciones a la gracia para que construya un hombre nuevo.

El monje que viva en la culpabilidad y en el eterno arrepentimiento sin entrar en él la gratuidad no podrá disfrutar de la casa de Dios. El que, sin embargo, se sienta salvado por la sangre de Cristo habitará con dulzura en el templo del Señor. Entre los monjes, como mortales que son, hay algunos que han entrado dejando atrás vidas truculentas. Si a éstos no se les predica una buena teología quedan atrapados de por vida en el miedo y en el esfuerzo por arrepentirse y librarse del pecado, cuando lo cierto es que ya están mil veces perdonados y lo que quiere Jesucristo es que se lo crean para vivir únicamente de la misericordia recibida.

El que nos santifica es el Espíritu Santo que va haciendo su obra en nosotros. La visión moralista de la espiritualidad en los conventos hace mucho daño. El monje para ser feliz tiene que sentirse salvado, aunque sea imperfecto. Cuando uno se acepta pobre se siente querido aun en el pecado y en la imperfección. De esa manera disfrutará del amor con el que gratuitamente es amado en Jesucristo. La vida en el amor va quemando, poco a poco, todo lo que sea contrario a ese amor. En el monasterio, más que en ningún otro sitio, hay que vivir a costa de Jesucristo. De él tiene que venir la alegría y la fortaleza.

Cuando un monje vive de la gratuidad, su canto en el coro se afina hasta el infinito porque canta, no desde la inevitable imperfección, sino desde el amor. No alaba a Dios por ser él bueno sino porque Dios lo es. Entonces el carisma se ejercita con amor y su influencia traspasa montes y collados. De ese modo el carisma y la vida personal marchan en consonancia porque ambos son regalo del Espíritu que hace en nosotros una perfecta síntesis personal. Además, desde ahí y sólo desde ahí, el canto coral puede dejar en algún momento la rígida estrechez del vocablo y del ritual para transformarse en un vibrante y clamoroso canto en lenguas. Si el Señor ha vuelto a regalar a su Iglesia la oración en el espíritu o canto en lenguas de las comunidades primitivas, qué mejor sitio para resonar que un monasterio que tiene por vocación lo que en la tradición se ha llamado “*laus et jubilatio*”, es decir, la alabanza y el júbilo de las lenguas...

Chus Villarroel O.P.

Abril 2007